

La casa abandonada

David Betancourt

He vuelto a mi barrio de niño y he visto, como lo supuse, una casa grande que parece un castillo en el lugar donde estuvo nuestra querida casa. Me he acordado de ti, Jhony, cómo no hacerlo.

Miro la casa desde el frente y se me parece a un cajón que alguien revolcó. Nada está en el lugar de antes. Donde estaba la puerta vieja de madera hay una ventana de hierro. Los dos postigos solo están en el recuerdo. Veo un garaje donde no había garaje, una lámpara desconocida, un jardín. En vez de tierra, cemento. En vez de cortinas, vidrios y rejas de cárcel. A qué basura habrá ido a parar lo que antes estaba allí, a qué parte de lo inútil, a qué lugar del olvido.

Jhony, tengo ganas de tocar en la puerta de metal y meterme en esa casa grande, pero me da miedo porque allí no estarán ustedes. Me da miedo no ver a Víctor correteando por el pasillo. Me da miedo no encontrarte a ti, mi Jhony, brincando como una pulga feliz. Me da miedo que a mi memoria llegue la imagen tuya en la cama blanca y bonita de urgencias y no los retratos que a mí me gustan.

Quiero sentarme en el piso de la sala y enmugarme hasta el alma, caminar por todas partes, colgarme de las manos de la baranda del patio, vaciar los baños una y mil veces, quiero, Jhony, escarbar la arena amarilla del solar y sacar lombrices y jeringas, perseguir ratas y atraparlas para tus experimentos, pegar las alas de las mariposas, y verte reír y vivir. Quiero jugar a las escondidas, bolas, a los vaqueros con la pistola sin balas que ellos dejaron, a pararnos en las manos hasta sentir la sangre como hormigas caminándonos dentro de la cabeza.

Quiero tocar en la puerta y me da miedo de que nadie me abra, quiero meterme por la parte de atrás, por el solar...

Jhony, me he acordado del día que entramos por primera vez a la casa abandonada. Yo no quería, me daba mucho miedo invadir un lugar desconocido, igual que hoy. Mucho miedo. Ustedes me insistieron, me rogaron y me convencieron. Fuiste tú, Jhony, quien me recordó a los mosqueteros y me amenazaste. Me dijiste que si no los acompañaba dejaría de pertenecer al grupo y me tocaría andar solo el resto de mi vida. Y nos metimos por la parte de atrás de la casa que mira hacia la clínica El Rosario donde estuviste convaleciente una semana. Aplastamos con tablas la selva del solar y empujamos la puerta. Es imposible, Jhony, hacer lo mismo hoy. Sería una locura. Me matarían de un balazo por andar por tejados ajenos.

He tocado y me ha abierto la señora de la casa. Es muy formal y muy bonita, y me ha permitido recordar, me ha dejado caminar por la casa vacía de nosotros. Quiere que le cuente nuestras historias, quiere, Jhony, que le hable de ti y de la casa, de nosotros. Le he ofrecido ser su guía turístico de mis recuerdos.

En la sala veo unos muebles blancos muy finos que hacen juego con el color crema de las paredes, hay un tapete, la Biblia abierta, colgado de la pared un espejo redondo que evito mirar. Jhony, odio los espejos porque castigan, porque no mienten. Unas baldosas que brillan y dan pena pisar, una escultura de Moisés. No hay cucarachas, Jhony, como en la casa abandonada. Hay recuerdos y muchos, y en ellos te veo y se me paran los pelos.

Estás buscando cucarachas, es fácil encontrarlas, las atrapas y las llevas de las antenas al tarro amarillo, llevas grillos, lagartijas, cucarrones y arañas que parecen pulpos. Quieres, Jhony, inventar un nuevo animal, un Frankenstein chiquito y con antenas. Coges al azar de la caneca los bichos, Víctor y yo te ayudamos, y con las jeringas que desenterramos del solar los clavamos en un cartón. Te ríes, Jhony, y a Víctor se le contagia tu linda risa blanca. A mí me parece cruel lo que hacemos, pero me río porque no quiero dejar de ser uno de tus mosqueteros. Cuelgas el cartón de las paredes que esconden nuestras diabluras y lo miras como si fuera una obra de arte, un cuadro, como si fuera un paisaje que cada día ve caer un árbol, los ve pudrir hasta que se llena de vacío, y entonces hacemos otro y lo colgamos como un reloj que adorna.

El espacio donde está el comedor no dejó huellas del ayer, pero los recuerdos me han permitido ver el patio de entonces. Aquí, Jhony, está el comedor, pero en mi cabeza está el patio y nosotros elevando los cucarrones amarrados con hilo. Suben para liberarse hasta donde les da el cansancio, caen, Jhony, duro como granizo, vuelven a ascender con esperanza hasta que... Cuando la cometa no obedece hay que cambiarla, decías.

Te confieso que los alacranes todavía me dan pavor, me intimidan con solo mirarlos, pero tú, Jhony, igual que los vaqueros, demostraste ser valiente, y los vaqueros no les tienen miedo a los alacranes. Los coges del aguijón como si fueran de mentiras. Te veo haciendo un círculo con gasolina o petróleo y lo enciendes y luego los lanzas dentro del círculo. Los alacranes buscan la salida desesperados, se miran entre ellos. ¿Qué pensarán?, dices. Se clavan su propio aguijón, Jhony, ahora lo sé, se suicidan como los hombres que no quieren morir en las manos de sus enemigos y no encuentran otra salida. Eso se llama honor, Jhony, honor. Y al final muertos todos, no-



Ethel Gilmour. *Dormitorio*. Óleo sobre tela. 100 x 70 cm. 1996. Colección Universidad EAFIT

sotros de la risa, ellos... Es fácil reír de niño, luego se olvida.

La señora me ha dicho que preferiría convivir con leones o cocodrilos, que con cucarachas o ratas, que detesta y le dan fastidio esos animales asquerosos que nacen del abandono, que se multiplican cuando se sienten solos. Pero no, Jhony, no es la soledad ni el abandono, porque siempre estaban acompañados por nosotros y por ellos, ellos, los culpables de que nunca volviéramos a la casa abandonada, ellos, los culpables de nuestra separación. Jhony, las ratas

no te gustaban, te asustaban más que la noche. Las ratas, ellos, lo recuerdo siempre con claridad, las ratas, ellos...

Me he acordado de los días antes de confirmar que no éramos los únicos que visitábamos la casa abandonada. Jhony, estabas empecinado en hacer un experimento con dos ratas, necesitabas saber cuánto tiempo resistirían sin ahogarse atrapadas en la caneca de Pintuco puesta al revés, cuánto tiempo sus cuerpos soportarían el hambre y la falta de aire.

Víctor trajo la primera cogida de las patas, era graciosa y fea, parecía un balón con cola. Yo atrapé la esquiva, la flaca, Speedy, así la bautizamos, tú, Jhony, quieto, te burlabas de nosotros como un dictadorcito y sonreías de la obediencia que te profesábamos. Levantábamos levemente la caneca y las espiábamos con el espejo, era un ritual.

A los siete días nos dimos cuenta de que la gorda estaba muerta y que Speedy había desaparecido, y pensamos que Dios nos estaba dando una lección. Y concluiste, Jhony, como todo un detective, concluiste que la muerta se había comido a Speedy para no morir de hambre. Concluiste al instante que había desaparecido como un fantasma y que la gorda había muerto de soledad. Concluiste...

Pero luego nos enteramos de lo que en realidad sucedió. Las huellas de los zapatos, las colillas de cigarrillos que, igual que bichos, se reproducían cada día, la yerba, las botellas vacías, las jeringas, Jhony, las jeringas con las que hacíamos los cuadros, y los cordones, Jhony, con los que los colgábamos. El balón de Víctor, mi cuaderno olvidado, tus gafas negras en lugares distintos como si caminaran.

Las cosas no aparecen porque sí, no cambian de lugar sin explicación, Jhony, ellos las trajeron, ellos movieron la caneca y Speedy escapó, y como la gorda estaba muerta dejaron

la vasija tal cual para que el fétido olor no les molestara sus noches de jeringas, polvo, humo y orgasmos. Jhony, todo tiene explicación en esta vida, todo, pero me cuesta entender lo tuyo. Por qué a ti, mi Jhony, por qué. Hace poco soñé con ratas que te miraban padecer en la cama bonita y blanca, esperaban a que te despertaras, pero murieron de viejas.

He mirado el solar, Jhony, de esquina a esquina y me he acordado de cuando jugábamos a los vaqueros con la pistola sin balas que dejaron ellos, de los duelos para comprobar quién era el más rápido para apretar el gatillo, de la mano como pistola disparando balas salidas del dedo índice y del sonido del gatillo de la pistola oxidada que todos queríamos tener y que rifábamos, de las muertes que nos propiciaba una y mil veces la imaginación. Espalda contra espalda, un paso y dos y tres hacia delante, igual que en las películas de vaqueros, y pum, pum, pum... Siempre ganabas, Jhony, porque tú lo decías, siempre nos tocaba a Víctor y a mí caer derrotados.

Te pido disculpas, Jhony, por no haber ido a la casa abandonada el día que te llevaron a la clínica El Rosario, estaba castigado, pero luego fui a visitarte. Te toqué la cara, Jhony, y te abracé, te hablé al oído y te dije que te esperaba para que volviéramos a hacer locuras, a jugar a los vaqueros, a hacer experimentos. Antes de irme me quedé mirándote desde la puerta y te vi muy lindo acostado en esa cama que parecía un cielo, tú, un ángel, Jhony, te di todas mis fuerzas... Víctor me dijo que no tuvo la culpa, que, así como desapareció la rata apareció la bala, sin explicación, pero no creas, todo tiene explicación en esta vida, Jhony.

David Betancourt es escritor, periodista y filólogo hispanista. Ha ganado varios premios literarios nacionales e internacionales. "La casa abandonada" hace parte de *Buenos muchachos* (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2011).